

## EL FOLKLORE Y SUS MISTIFICACIONES

Joaquín Díaz González  
Académico

Resumen:

Palabras clave:

Con la invención del término "folklore" a mediados del siglo XIX, no sólo comienza a utilizarse un vocablo nuevo para designar la sabiduría popular sino que se abre a la curiosidad de los investigadores un nuevo mundo de apariencia exótica y antigua dentro del mundo propio, de la propia civilización. Ese espacio supuestamente novedoso traía consigo, sin embargo, unas contradicciones, conocidas desde los primeros pasos del género humano y probablemente derivadas en este caso del hecho de ser su inventor un anticuario. Dichas contradicciones serían, por un lado la necesidad de coleccionar piezas y conocimientos antiguos para darlos un valor diferente al que tuvieron (es decir estudiar un pasado que no había pasado del todo) y por otro la posibilidad de remontarse a unas épocas tan pretéritas como inexplicables con la ayuda del lenguaje y de la imaginación, llaves más adecuadas para entrar en las estancias del mito o de la fábula popular que para construir un edificio académico.

En España, además, esa época presagia un momento difícil, por no decir crítico, en el que tanto el regeneracionismo como el nacionalismo van a echar mano de "lo popular" para justificar algunos de sus planteamientos. José Álvarez Junco hace, en su obra *Mater Dolorosa*, un análisis tan equilibrado como certero de ese abuso idealista de la historia, extraída de los anaqueles de lo fabuloso o de lo mítico. Al hablar del período visigodo, por ejemplo, llama "idealización" a la tendencia que ve ese período como un tiempo de fusión política, religiosa y hasta jurídica en el que pudiera haber nacido la "nación española", añadiendo que "un medievalista actual dotado de sentido histórico pondría muy en cuestión esta interpretación del mundo godo como plasmación inicial e idílica de la identidad española". La cultura siempre refleja las inquietudes de la sociedad y de sus creadores y artistas, y en el siglo XIX va derivando lentamente desde un romanticismo fantástico y productivo a un realismo más sosegado. Y entre las distintas formas de la cultura, la música -en particular la de ámbito público-, se va a desarrollar durante todo ese período en ciudades y pueblos de España, en cuatro frentes principales: los salones de baile, los teatros, las plazas y jardines (donde interpretaban música las bandas militares) y en los bailes de candil de los barrios o en el interior de ventas y posadas rurales donde las coplas populares tenían su mejor acomodo.

En cuanto a los contenidos, se puede observar desde los comienzos de la centuria un tipo de repertorio con una temática preferentemente romántica y costumbrista, sobre la que va a girar el gusto musical de los primeros cuarenta años del siglo. Entre los años treinta y los cincuenta se va, eso sí, inclinando públicamente la balanza hacia lo nacional en detrimento de lo operístico italiano, o sea de lo extranjero, a pesar de que sus arias y duetos habían llenado los salones de toda España hasta ese momento. A partir del instante en que esos salones aumentan en número y se socializan, creándose asociaciones especialmente preocupadas por las sesiones artísticas y culturales que se convertían en auténticos

acontecimientos sociales, lo "español", por así denominarlo, va tomando seguras posiciones frente a lo foráneo. No sería exagerado decir que a todo ello había contribuido de forma decisiva el trabajo, solitario pero convencido, de gente como Juan Antonio Iza Zamácola, "Don Preciso" -autor de dos libritos defensores de lo nacional a través del conocimiento y uso de seguidillas, tiranas y polos- Federico Moretti y otros músicos y poetas que irían preparando el camino para esa otra revolución nacionalista que va a tener lugar en la Península en la segunda mitad del siglo XIX.

Hay alguna publicación previa en este sentido, como la titulada *Doce canciones españolas con acompañamiento de guitarra, compuestas y dedicadas a su amigo el Conde de Fife por el brigadier don Federico Moretti*, o las partituras que León Lodre grabó sobre melodías de Sobejano y otros músicos tituladas genéricamente *Corona musical de canciones populares españolas* (editada en 1852 con 12 melodías). Sin embargo, la primera colección en la forma en que hoy día podríamos concebir un cancionero nacional, es la titulada *La Música del Pueblo. Colección de Cantos Españoles, recogidos, ordenados y arreglados para piano por Don Lázaro Núñez Robres*, publicada en 1867 al precio de 12 reales por Nicolás Toledo, quien destacaba en portada el hecho de que la obra había sido premiada por la Sociedad "El fomento de las Artes". Robres era además el primer recopilador que hacía un reconocimiento expreso del tipo de música representativa de un "país". Frente a los "aires nacionales" anteriores que recogían casi exclusivamente "ambientes" -fuesen imaginarios o no-, Robres recopilaba un ramillete de melodías específicas en las cuales descubría una serie de factores que permitirían identificar el carácter o la idiosincrasia de un grupo cultural. Ese grupo era, en este caso, el pueblo español, entendiendo por tal a todos los habitantes de las provincias o departamentos que componían en ese momento el Reino de España. Esa intención era la misma que había guiado a Fernán Caballero o a Emilio Lafuente Alcántara años antes a recopilar solamente textos de coplas populares y, en el caso del segundo, a ponerles un prólogo del que extraigo el siguiente párrafo: "Todas las provincias de nuestro país tienen sus cantares favoritos; pero solo me refiero al presente a los moradores de aquellas regiones en que más abundan y se producen en idioma castellano. Galicia, Cataluña y Valencia tiene sus peculiares dialectos: las provincias vascongadas poseen diferente idioma. Mas el pueblo español ofrece en las varias comarcas muy diversos caracteres y costumbres, y asimismo una marcada diferencia de aficiones, instintos y aptitudes".

"El pueblo español -escribiría poco después Robres- admirablemente apto para el cultivo de las artes, ha producido desde antiguo preciosas melodías, expresión genial de la índole del país. Esas encantadoras inspiraciones, nacidas en tal o cual escondido rincón, se pierden, sin embargo, a menudo, o cuando menos quedan oscurecidas o relegadas a estrecho círculo, muriendo de este modo, para la vida y la historia del arte, no pocos tesoros musicales".

Es decir, que existía una fuerte tendencia, iniciada ya a mediados del XIX, a reconocer no sólo el valor artístico o patrimonial de ese bagaje de interés común, sino la carencia que suponía que tales producciones del espíritu alimentaran como mucho a unos escasos privilegiados en unos pocos salones capitalinos. ¿Cabría sospechar que se está hablando de lo popular más con el sentido de aquello que se usa mucho, que con el sentido de lo que se origina en el pueblo? Yo me inclinaría a afirmarlo. Popular podía ser, siguiendo el credo romántico, aquello que el denominado "pueblo" -es decir, la colectividad anónima- había producido con su espíritu sencillo, pero también (y esta es la visión novedosa) aquello que una divulgación precisa y adecuada podía hacer llegar a un número considerable de

personas que acabarían por reconocerlo, mantenerlo y utilizarlo como propio. Hay, por tanto, una aceptación expresa de que en lo diferente, en la variante local, está el perfil que distingue y enriquece las múltiples facetas de lo esencial y que todo eso se puede apreciar mejor si lo comparamos con lo que nuestros vecinos han producido en las mismas circunstancias.

Sin embargo, y entretanto, ese pueblo al que hacemos mención, procuraba evitar con insistencia cualquier tipo de reflexión que no llevara aparejado previamente el abandono de la pequeña patria, huérfana de fortuna y sin futuro pese a ser la fuente de tantas expresiones populares y muchas veces su principal argumento. Nadie quería reconocer su origen rural o renunciaba voluntariamente a él con vergüenza inconfesable. La fingida extrañeza ante las costumbres y comportamientos de pueblo (considerados antiguos o poco evolucionados y relacionados casi siempre con un pasado de pobreza del que nadie querría acordarse) está magistralmente plasmada en el cuento popular del muchacho que regresa a su aldea natal después de haber hecho el servicio militar (a veces la única salida que esperaba a los mozos lugareños) y afecta encontrar todo cambiado e ignorar los nombres de las cosas que antaño tuvo como más comunes. Cuando pisa sin querer un rastrillo y el mango le golpea en las narices, recuerda todo de repente y grita: ¡Coño con el rastró!

Y es que ese "rastró", o sea lo que representan los saberes heredados por tradición, constituye siempre un compromiso que nos obliga a reflexionar porque nos atañe y nos recuerda permanentemente de dónde procedemos. Muchos de los conocimientos recibidos de la tradición tienen una gran antigüedad y, por lo mismo, se han ido puliendo, perfeccionando en su forma y contenido al pasar el tiempo. Otros son más modernos pero poseen al menos un estilo y unas características comunes que los definen como propios de un lugar y de unas gentes. Parte de esa sabiduría pertenece al acervo común de la humanidad. Otra parte ha nacido al abrigo de lo local, pero en ambos casos todos esos hechos han llegado a nuestra generación gracias a una evolución que los ha colocado con aparente exactitud en el momento presente.

Al inventor de la palabra "folklore", el anticuario y editor inglés William Thoms, le preocupaba que en su época no se hubiese inventado todavía un término preciso con el que designar los restos de aquel pasado que, pese a la antigüedad mayor o menor de su origen, seguía teniendo actualidad por constituir la parte más genuina y representativa del individuo: su verdad y su mentira.

Es bien conocida la historia del neologismo, que obedeció a una necesidad casi obsesiva de utilizar correctamente el lenguaje para, a través de él, llegar a comprender a quien lo usaba: Thoms escribió en la revista "Athenaeum" una serie de columnas bajo el seudónimo de Ambrose Merton, dedicando su atención en la primera de ellas -aparecida en 1846- tanto a las expresiones populares como al fervor que venían despertado los relatos y novelas antiguas en el editor Charles Wentworth, propietario de la publicación: "Sus páginas me han proporcionado tantas evidencias del interés que usted tiene hacia lo que en Inglaterra llamamos *antigüedades populares* o *Literatura Popular* (aunque se podría decir que es más *mentalidad* que literatura, y podría denominarse mejor con el compuesto sajón *folk-lore: the lore of the people*), que guardo la esperanza de reclutar su ayuda para recoger las pocas espigas que quedan esparcidas sobre el campo en que nuestros predecesores consiguieron buena cosecha. Todos cuantos han hecho de los

usos, costumbres, prácticas, supersticiones, coplas y proverbios antiguos el objeto de sus estudios, tienen que llegar a dos conclusiones: la primera cuánto de lo curioso o interesante de esta materia se ha perdido por completo; la segunda es que mucho de ello puede rescatarse aún, si se le dedica una atención oportuna. Lo que Hone trató de hacer en su "Every-Day Book", el periódico "Athenaeum" puede llevarlo a cabo diez veces más efectivamente, reuniendo el inmenso número de hechos pequeños, referentes al tema que he mencionado, que están diseminados en la memoria de millones de lectores, y conservándolos en sus páginas hasta que aparezca otro Jacobo Grimm que preste a la mitología de las Islas Británicas los buenos servicios que este profundo filólogo y estudioso de la antigüedad ha llevado a cabo para la mitología de Alemania. El presente siglo no ha producido quizás un libro más notable, aunque algo imperfecto como su propio autor confiesa, que la segunda edición de la "Deutsche Mithologie"; pero ¿qué es esta última? Un conjunto de hechos pequeños, muchos de los cuales, cuando se los considera separadamente -aunque insignificantes con respecto al sistema en que el pensamiento del autor los ha conectado-, adquieren un valor que quien los registró por primera vez jamás soñó poder atribuirles. Todas estas informaciones no han de ser útiles exclusivamente al anticuario inglés. La relación entre el folklore de Inglaterra (no olvide que yo reclamo haber introducido el término *folk-lore*, como Disraeli ha creado el de *Father-Land* para la literatura de su país) y el de Alemania es tan íntima, que dichas informaciones servirán probablemente para enriquecer futuras ediciones de la Mithologie de Grimm".

Las alusiones a Jacobo Grimm, no eran ni gratuitas ni extemporáneas ya que el famoso mitólogo alemán, fundador de la gramática histórica y famoso recopilador de cuentos, había querido ser incluso más preciso que el propio Thoms en el uso del lenguaje al atribuir al significado de cada término un sentido que se enriquecía con el contexto: "La lingüística que cultivo y de la que parto no ha podido nunca llenarme plenamente -escribió Grimm-, y por eso me he sentido más satisfecho siempre que he podido llegar de las palabras a las cosas". La frase, utilizada luego por el filólogo Hugo Schuchardt para combatir a los neogramáticos alemanes que pretendían basar la vida entera en unas inmutables leyes fonéticas, sirvió de base para crear el método denominado "Sachen und Wörter", en el que, siguiendo la opinión del sabio alemán, "cada palabra tenía su propio ambiente". Aquel empeño se convirtió en ley, creó seguidores y bien pronto la dialectología y la etnografía tuvieron defensores comunes que, a pesar de las diferencias de matiz, lucharon por dar conjuntamente una explicación del mundo y de su evolución. Michel Foucault, hacia 1966, vino a aportar una nueva perspectiva a la cuestión tras confesar que en su texto titulado "Las palabras y las cosas" había tenido mucho que ver una obra de Jorge Luis Borges en la que el escritor argentino creaba una tipología de animales siguiendo a una enciclopedia china -Borges hablaba de animales pertenecientes al emperador, embalsamados, amaestrados, lechones, sirenas, animales fabulosos, perros sueltos, etc.-, cuya lógica parecía estar fuera de nuestro universo cultural. Y sin embargo esa lógica existía y existirá siempre. Todo depende de la mirada y de la búsqueda de puntos comunes entre el lenguaje y el espacio. Foucault experimenta en el primer capítulo de su obra con el cuadro de Velázquez que representa a las Meninas y reconoce que, aunque las personas que aparecen en el cuadro tienen nombre propio, su espacio no es realmente el que estamos contemplando sino el formado por las sucesiones de la sintaxis, que crean un árbol con innumerables ramificaciones.

Resulta curioso que la pretensión de Thoms de crear términos exactos que se ajustaran a la semántica, le jugara tan mala pasada y la palabra "folklore" terminara convirtiéndose en un concepto equívoco al que todavía hoy se le atribuyen tantos significados. Tal vez Thoms era consciente de que eso iba a pasar y eligió como lema de la publicación "Notes and Queries" -de la que fue editor durante muchos años- una frase del capitán Cuttle, personaje de una obra de Dickens ("Dombey e hijo") que, medio en serio medio en broma, venía a cuestionar la vida, la ciencia y su pretendida exactitud con un fino humor. La frase era: "Cuando lo encuentres, anótalo". Lo cual venía a querer decir, o anotas lo que lees, aunque sea falso, o te lo inventas. El caso es anotar algo.

"-Wally, muchacho -repuso el capitán-, en los proverbios de Salomón podrás leer el versículo siguiente: "ojalá no carezcamos de un amigo en la necesidad, ni de una botella que ofrecerle". Cuando lo hayas encontrado, anótalo".

El versículo, por supuesto, era un invento tan intencionado, tan fabuloso y legendario, como la palabra "folklore" cuyos significados y contenidos han permitido desde su origen tantas mistificaciones. Don Julio Caro Baroja -de cuyo nacimiento conmemoramos este año el centenario- afirmaba en un trabajo esencial, *Las falsificaciones de la historia*, que en cuestión de invenciones había que distinguir cuidadosamente las leyendas piadosas, hagiográficas y las tradiciones orales de las falsificaciones deliberadas e intencionadas. Lo que sucede es que, una vez que esa falsificación se produce y se hace con habilidad y talento es imposible controlar su difusión y mucho más aún impedir que se produzcan versiones alimentadas por las propias características de la tradición oral. Otra cosa es, y sigo recurriendo a Don Julio en su impagable trabajo, que en los tiempos modernos lo que se falsifiquen sean las interpretaciones de los hechos en vez de los hechos mismos. En cualquier caso, parece que la "invención" de las naciones y la consecuente aparición del nacionalismo iba a exigir a sus promotores algunas pruebas que justificasen el origen de sus linajes y la antigüedad de sus genealogías. Existe entre algunos historiadores la idea de que con los Borbones se introdujo en España la necesidad de adaptación a un nuevo clima político salido de la Paz de Westfalia que exigía unidad territorial a los Estados para el establecimiento de una auténtica soberanía nacional. Sin embargo, se puede constatar que ese intento de fundar una conciencia política sobre la unidad territorial ya había sido utilizado mucho antes; incluso mucho antes de que los Borbones fundaran su dinastía. En la Plaza de Oriente todavía se puede admirar la estatua de Ataúlfo como primer rey "español". Sabemos también que frente a ese concepto artificial de Estado, creado y desarrollado a su conveniencia por el ser humano, Herder contraponía su Volkstum, idea primitiva y natural que hundía sus cimientos en el lenguaje, las costumbres y la historia. Ese gusto por lo antiguo, por lo histórico y legendario obliga a Herder y a sus seguidores a buscar el "documento primitivo", es decir la base histórica sobre la que asentar los orígenes de una raza, de un pueblo o finalmente de una nación.

Los antiguos, al tratar de justificar con historias esos remotos orígenes -fuesen o no legendarios-, tuvieron el mismo problema, cuya anfibología resolvieron creando distintas categorías en las que se diversificaban las funciones. Aristóteles en su *Poetica* (IX) escribía: "La distinción entre el historiador y el poeta no consiste en que uno escriba en prosa y el otro en verso; se podrá trasladar al verso la obra de Herodoto y seguirá siendo una clase de historia. La diferencia estriba en que uno relata lo que ha sucedido, y el otro lo que podría haber acontecido. De aquí que la poesía sea más filosófica y de

mayor dignidad que la historia, puesto que sus afirmaciones son más bien universales, mientras que las de la historia son particulares".

Los romanos solucionaron el dilema con una dosis de la propia medicina: "Quod gratis asseritur, gratis negatur", decía el proverbio latino (o sea lo que se afirma sin pruebas se puede negar sin pruebas). Siglos más tarde, San Isidoro, completando la idea de Aristóteles, hablaba de tres tipos de categorías para definir lo relatado: *historiae* -o sea los hechos que realmente sucedieron-, *argumenta* -es decir lo que podría haber pasado pero no pasó- y *fabulae* -o lo que es lo mismo, lo que nunca pasó ni pudo haber pasado-. Remitiéndonos de nuevo a la obra de Caro Baroja, Don Julio nos relata, al referirse a falsificaciones famosas sobre el origen de las naciones, las historias fabulosas aparecidas desde Annio de Viterbo y dedica al imaginativo dominico algún capítulo de su mencionado trabajo donde describe los pasos dados por el pseudohistoriador para crear, siguiendo a un monje primitivo y un poco apócrifo llamado Beroso, la prehistoria de España. Algunas de esas antiguas Crónicas en las que se trata de explicar el origen de España cuentan que, después del Diluvio, el quinto nieto de Noé llamado Túbal se embarcó en un endeble bajel, con su familia y pertenencias, y navegó por distintos mares hasta arribar a un lugar hermoso y fértil. Después de desembarcar, los viajeros decidieron bautizar aquella tierra con el nombre de Hesperia, el mismo con el que denominaban a la estrella que les había guiado hasta allí. El hijo de Túbal, Ibero, quiso marcar algún tiempo después el territorio conquistado con su propio nombre, pero su hijo Hispán fue quien, al ser designado primer rey del país, impuso la denominación que habría de perpetuarse. Estos relatos legendarios tuvieron su fortuna en los siglos medios y llegaron a la edad moderna con aromas de antigüedad y de epopeya. Sobre todo de epopeya, es decir de poema épico en el que los nombres propios y la exageración intencionada iban conduciendo la historia hacia los huertos conocidos y trayendo el agua a los molinos propios. Hesperia, en realidad, era como los griegos llamaban a todas aquellas tierras que se hallaban hacia el occidente, es decir hacia donde el sol se ponía, pero en este caso lo importante era que en el rompecabezas de la fábula encajaran todas las piezas, o sea todas las versiones conocidas de las narraciones legendarias sobre nuestros orígenes, y así se escribía la historia. No es extraño por tanto que, desde hace mucho tiempo, la palabra historia tenga en nuestro país un significado dudoso: "el defecto de las crónicas -dice una de ellas- es que los que las escriben lo hacen por mandado de los reyes e príncipes, por los complacer e lisonjar o por temor de los enojar".

Con independencia de la poca objetividad y del exceso de imaginación, hay algo que se repite indefectiblemente en la narración: cada nuevo héroe impone su personalidad, marca sus límites y firma sus hazañas. ¿Está ya en esos primitivos relatos el origen del individualismo y de la preocupación permanente y casi patológica por el vecino que tenemos los españoles? La palabra "muga" parece resumir una de las principales obsesiones de los habitantes de este país: el gusto por las fronteras. Cuando éstas no son físicas, se crean mentalmente. La muga o mojón significa el hito que señala los límites intelectuales, culturales o antropológicos que los ibéricos hemos creado o heredado sin rechazos. La fuerza de la costumbre parece siempre vinculante y contra ella rara vez se alzan la razón o la curiosidad por conocer al "otro", al vecino de la tierra de al lado, al que parece mostrarnos sus "diferencias" como una forma de afirmar su propia personalidad. Las naciones -y posteriormente los nacionalismos- que surgen a la sombra de esas mugas no son sino fórmulas diversas (creaciones artificiales del derecho político) de idear un espacio seguro; un modo como otro cualquiera de salvar los

miedos seculares: miedo a lo distinto, temor a descubrir que el otro no es como nosotros y que puede incomodarnos su vida porque nos obliga a reflexionar sobre su mentalidad. Y la mentalidad, lo sabemos, es el conjunto de creencias que determinan la manera de pensar de alguien. ¿Cómo se forman en realidad esas creencias? ¿Son verdades objetivas? Es decir, ¿son principios incontestables o simplemente ideas que se nos transmiten con la educación o con la propaganda y a las que luego nos aferramos por comodidad?

La afición a describir el carácter de las personas que habitan un país es tan antiguo como el viaje o la extranjería (extranjero precisamente viene de extrañar, en el sentido de sentir extrañeza por algo que nos es ajeno). Quienes primero se atreven a retratar los defectos y cualidades de los habitantes de un país suelen ser quienes pasan por él o son forasteros, es decir de fuera. Lucio Marineo Sículo, el humanista siciliano que escribió en la corte de Fernando el Católico, describía así a los españoles siguiendo los patrones que se supone había descubierto previamente Marco Juniano Justino copiando a Pompeyo Trogo: "Los cuerpos de los hombres hispanos están preparados para el hambre y la fatiga, sus almas para la muerte. Todos son de una dura y severa sobriedad. Prefieren la guerra a la inactividad; si falta un enemigo fuera, lo buscan en su tierra. Es un pueblo de una viva velocidad y de ánimo inquieto; la mayoría tiene más aprecio por sus armas y sus caballos de guerra que por su propia sangre".

En la Crónica General de España, escrita por Florián de Ocampo por mandato de Carlos el Emperador, se puede leer al hablar de Abidis, por ejemplo (el vigésimocuarto rey de la mencionada dinastía de Anio de Viterbo) que pudo ser, según él, el introductor en España del pan y del vino además de ser quien redactó las primeras leyes: "Y porque donde no hay verdadera justicia no puede haber bien que permanezca hizo leyes generales fundadas en tanto celo, sin haber en ellas especies de intereses ni tiranías. Estas leyes fueron pocas en cantidad como lo deben ser las buenas leyes, porque siendo muchas en número, según de poco acá las usamos en España y en algunas otras regiones de Europa, más son armadizas y lazos en que caigan los hombres que remedios para bien vivir". Pero Ocampo justifica el uso de algunas suposiciones fabulosas con el palmario argumento de que, si varones de tanto crédito y de tanta antigüedad las escribieron ¿por qué no las iba a divulgar él?. Esa liberalidad, sin embargo, le causaría más tarde problemas y descrédito al ser acusado por historiadores como Juan Francisco Masdeu, de introducir en la historia las patrañas de Juan Anio de Viterbo y mezclarlas sin pudor con los hechos históricos. Masdeu, para demostrar que los ingleses no estaban autorizados a dar lecciones a los españoles en materia de certificaciones históricas, recuerda que fueron precisamente historiadores hispanos los que quitaron la máscara del de Viterbo y españoles también quienes confutaron al falso monje Beroso impugnándolo ardientemente. Acusa a Gofredo Monumetense de meter por la puerta de atrás las fábulas del rey Arturo "adoptando también con la mayor audacia como auténticas e infalibles profecías, los mentirosos vaticinios de un cierto Merlín, nacido, como el autor finge, de un demonio y de una mujer". Al atacar a Ocampo Masdeu cae, sin pretenderlo, en el juego de Viterbo: no niega la existencia de Merlín sino la posibilidad de que tuviese tales padres.

Si queremos estudiar el pretendido carácter de los españoles, no tiene precio la consulta de otra obra titulada *Libro de las cinco excelencias del español*, de Benito de Peñalosa y Mondragón, fraile benedictino, quien lo dedicó a Felipe IV. Tras confirmar, siguiendo a

veces a Heródoto, y otras a Josefo, a San Jerónimo, a Silio Itálico, a Plinio o al imprescindible Annio de Viterbo, las distintas procedencias de los primeros pobladores de España, viene a concluir que el país se llamó así en honor del dios Pan, siendo la única nación de Europa que jamás cambió de nombre: "Los de Europa -escribe Peñalosa- mudaron nombre cuando les tiranizaron los bárbaros. Las Galias se llamaron Francia, de los francos, hasta hoy señores de aquellos reinos. Panonia se llamó Hungría, de los feroces hunos. Britania se llamó Escocia y Anglia, de los escoceses e ingleses que tiranizaron la isla. Pero España conserva el nombre del dios inmortal y santo, y así la divinidad que está en la significación ha defendido la voz y obligó a que la reverenciasen los godos y los romanos. Ningún capitán ni cónsul de los que triunfaron de España se atrevió a llamarse hispánico por no usurpar el apellido al Dios de los ejércitos, en cuya virtud vencieron. Aunque Dios tenía en la gentilidad muchos nombres, el de Pan es más divino y glorioso, con el cual le confesaron por autor de todas las criaturas". Con un planteamiento semejante no es extraño que las cinco virtudes de los españoles fuesen, según su parecer, la religión, la profesión de las artes liberales (y entre ellas y como más importantes la teología y el derecho canónico), el valor y gusto por la guerra, la nobleza de sangre (pues descendíamos de Túbal nada menos) y por último la riqueza, pues en sus palabras "los españoles han poseído y tienen más oro y plata que ninguna otra nación y son los más lustrosos, magnánimos y liberales de todo el mundo".

Inventos y falacias, fábulas y hechos históricos fueron creando de esta forma -con la autocomplacencia y la consentida mistificación- unos arquetipos que se difundieron a través de los medios más eficaces, entre los que estaba, cómo no, la tradición oral.

El español es honrado  
Es esforzado y valiente  
Es moderado y prudente,  
Buen marino y buen soldado:  
Del extranjero estimado,  
Es generoso y sufrido,  
Ingenioso y atrevido,  
Y con tal disposición  
Por falta de aplicación  
Es un tesoro escondido.

Los versos pertenecen a un pliego en el que se pretende, a través de veintidós décimas, descubrir los defectos y cualidades de los habitantes de España, siempre desaprovechada y siempre en espera de un mejor destino: los castellanos viejos tienen buen corazón aunque son lerdos y mohínos; los nuevos, son amables pero interesados; los alcarreños, sencillos pero algo brutos pues después de inmensos trabajos sólo sacan un poco de miel; los manchegos, despiertos y pependieros; los extremeños, insolidarios y, aunque vivos, por perezosos son los más atrasados de la nación; los andaluces rezadores y exagerados hasta el extremo de desafiar a todo el mundo para quedar al final tan amigos; los aragoneses, tesoneros y testarudos; los catalanes, viajeros y emprendedores hasta convertir las piedras en panes; los valencianos, de corazón frío y espíritu ligero; los murcianos, cantadores y apegados a su huerta; los gallegos, listos (el que sale) y segadores; los maragatos, buenos y mercaderes; los leoneses, más sencillos y sanos que los castellanos pero de corazón duro, toscos y bravíos; los asturianos, de aspecto parecido al oso pero honrados; los vizcaínos, duros defensores de su fuero y, si



llega el caso, desaforados escritores; el navarro, honrado y amante de la buena mesa; los riojanos, montaraces y vividores; los madrileños, remilgados pero elegantes; los mallorquines, enemigos de moros y argelinos; los canarios, marineros y demasiado amigos de los ingleses; el indiano, por último, ambicioso y adinerado. ¿Se pueden decir más tópicos en menos espacio? Por un cuarto, por un ridículo cuarto, cualquier persona podía tener acceso a un estudio, si no científico, sí claro y terminante sobre los habitantes de la piel de toro que ha pervivido, como tantas otras cosas, hasta nuestros días.

Terminaré esta breve incursión en la creación de los nacionalismos sobre forzadas ficciones con dos opiniones diversas de dos intelectuales que alimentan y ratifican desde distintas opciones todo lo hablado hasta aquí. Juan Goytisolo, contrario a lo que Sánchez Ferlosio denominaba "onfaloscopia", o sea la contemplación complaciente del propio ombligo escribía no hace mucho tiempo en un artículo de prensa: "Sabemos desde el siglo XVIII, gracias a la Ilustración y al empeño posterior de los historiadores críticos, que todas las historias nacionales y credos patrióticos se fundan en mitos: el prurito de magnificar lo pasado, establecer continuidades "a prueba de milenios", forjarse genealogías fantásticas que se remontan a Roma, a Grecia o a la Biblia, obedece sin duda a una ley natural de orgullo y autoestima, pues los hallamos en mayor o menor grado en el conjunto abigarrado de Estados y naciones que integran el continente europeo. No tengo nada contra los mitos y su fecunda prolongación artística y poética, a condición, claro está, de no olvidar su carácter ficticio, elaboración gradual e índole proteica, ya que estos mitos, manejados sin escrúpulo como un arma ofensiva para proscribir la razón y falsificar la historia, pueden favorecer y cohesionar la afirmación de "hechos diferenciales" insalvables, identidades "de calidad" agresivas y, a la postre, glorificaciones irracionales de lo propio y denigraciones sistemáticas de lo ajeno".

Por último, Stanley Payne, hispanista e historiador, lejos de creer que los nacionalismos estén en auge y puedan alterar nuestro carácter, opina así acerca de la transformación de la cultura española en los últimos años: "Muchos extranjeros que visitan España tienen la imagen del español exaltado de hace cien años y de la Guerra Civil. Pero aquello se acabó. La cultura se ha transformado. El español medio actual es un ser sosegado. No pide demasiado; pide algo, pero no mucho. Es modesto en sus apetitos. Acepta lo que tiene y trata de disfrutar lo mejor que puede. En España las ideologías actuaron como palancas de los grandes movimientos sociales. Ahora no hay ideologías nuevas que puedan actuar como palancas de la sociedad. Si acaso, en España se ha impuesto el "buenismo", lo políticamente correcto. Pero este "buenismo" no busca azucar grandes revueltas, sino al revés. El buenismo está en contra de las revueltas. Pretende dominar la sociedad, pero promoviendo conformismo, no revueltas".

Las palabras de Payne evocan los indulgentes versos de Antonio Machado, precisamente el hijo del introductor de la palabra folklore y de sus estudios en España, cuando afirmaba de su propio carácter:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina;  
pero mi verso brota de manantial sereno,  
y más que un hombre al uso que sabe su doctrina,

soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Y ahora concluyo de verdad. Dice Don Julio Caro que, "independientemente de que exista un carácter del pueblo español, o unos rasgos fisiológicos o físicos del mismo, hay una voluntad de asignárselos, buenos o malos, según diversas coyunturas y conforme a posiciones diversas: de poder, de victoria, de derrota, de amor o de odio". Observando que el origen de esa voluntad suele ser tan apologético como ofensivo, tan exagerado como extremista, tal vez no estaría descaminada la intención de William Thoms al crear una vía intermedia, conciliadora, entre la historia y la fábula cuando inventó el término folklore. Si con la nueva ciencia se pretendía el estudio del ser humano y sus expresiones, el campo coincidía plenamente con el de la disciplina histórica que pretendía conocer con un método el pasado de la humanidad; y si, más aún, ello se planteaba desde las distintas perspectivas del arte verbal, ningún género mejor que el del relato con sus muchas fórmulas expresivas. Al fin y al cabo esas fórmulas, no lo olvidemos, facilitaron desde siempre la comunicación del conocimiento y sirvieron para hacer más creíbles sus contenidos. Vuelvo a recurrir a Álvarez Junco: "Las naciones no se inventan con tanta facilidad. Invención es un término que sugiere excesiva libertad por parte del autor: creación ex nihilo, a partir de cero. La fórmula ha sido útil, desde luego, para denunciar la creencia nacionalista en las naciones como realidades naturales, preexistentes y contrapuestas a entes políticas artificiales, que serían los "estados. En vez de ser previas a la acción política, las naciones, al igual que los Estados, han sido construidas por actores humanos cargados de intenciones políticas -unos actores a quienes llamamos, precisamente, nacionalistas; de ahí que sean ellos los más interesados en ocultar su creación bajo apariencias de naturalidad y permanencia-. Pero estos actores no obran con total libertad; no pueden inventar identidades en contextos donde no haya elementos culturales que favorezcan su acción".

La idea de España, pues, sería la forma en la que cualquier individuo, español o no español, podría representarse mentalmente a ese conjunto de elementos (geografía física, costumbres, vicios y virtudes, lenguajes y códigos, expresiones y fórmulas expresivas, fabularios y crónicas, etc.) que la palabra España traería aparejados. No podría haber tenido la misma idea de España Don José Ortega y Gasset que George Borrow, por ejemplo, aunque ambos partieran de la realidad de un primitivismo latente y profundamente arraigado en los hispanos para desarrollar sus teorías. No podría haber pensado igual de España un pintor costumbrista francés que Picasso, aunque en los dos casos se estuviera echando mano de la antropología para solucionar el problema de la esencia o de la tradición. Tampoco sería idéntica la idea de España (si es que la tenía) de Francisco Montes "Paquiro" y la del arqueólogo francés Engel -descubridor de la bicha antropocéfala de Balazote- si bien las pesadillas nocturnas tendrían para uno y otro figura de toro y montera. Finalmente, no podríamos equiparar las ideas de España de aquellos que se sitúan a la derecha y a la izquierda de un hipotético centro político, aunque en ambos casos se esté hablando en realidad de una cuestión de propiedad (sea ésta de la especie que sea: intelectual, privada, urbana o rústica, metafísica o moral). Porque ni España es un problema como afirmaba José Ortega y Gasset ni tiene un conjunto de problemas como probablemente aseguraría una encuesta del CIS. España es algo que hemos pensado, imaginado, soñado y manipulado entre todos y sobre la que arrojamos nuestras contradicciones: nuestras envidias, odios, frustraciones, anhelos, ambiciones y deseos, pero también nuestras ilusiones y esperanzas, aunque sean vicarias porque a veces nos asusta confesarlas como propias.